

clásicas dejan tras sí tópicos monumentales y firmes, por eso el romanticismo latino consistió en una vida forzada, de los románticos puede decirse que en vez de accionar, reaccionaron; inversamente a lo que sucedió en el romanticismo, ellos—los románticos—fueron moldeados por la realidad, de aquí su vida nebulosa e insegura, ejercida como entre nubes, bajo las cuales el cosmos aparece desenfocado. Puede decirse que entre el alma romántica y la Naturaleza se interponía con los efectos de un prisma, la huella clásica.

Mas esta vida romántica no puede durar mucho porque bajo sus pies los románticos no encuentran solidez, de aquí que más tarde, la labor que hacen nuestros literatos—la llamada generación del 98,—es de destrucción; los postulados clásicos que principian en el siglo XVI, empiezan a derrumbarse al comienzo del siglo XX y no antes. Leer a los escritores de la generación del 98, es caminar entre escombros; nunca ha habido en la literatura este regusto arqueológico y esta furia destructora que demuestran estos hombres. La prosa de Baroja, está hecha como si fuese la teoría de una máquina de guerra. *Azorín* busca el objeto mínimo y perdido entre ruinas, como un traperero y se deleita con lo remoto en el tiempo, con lo que tiene una existencia anacrónica. Y fijémonos también en las significativas denominaciones que emplea Valle-Inclán; él dice que sus personajes son: Marionetas, Esperpentos, Siluetas y sus obras *Comedias Bárbaras*; es verdad, sus obras dan la sensación del guardarropía de un teatro antiguo; en un estilo modernísimo y admirable como es el suyo, reaparecen los seres pretéritos y pasados de moda; pero obsérvese una cosa importante:

estos seres—como los *Seis personajes de Pirandello*—, reaparecen pero no reviven; estos escritores por primera vez, toman el pasado no como estímulo de reacciones sentimentales actuales, si no como algo que no ha de volver y que no tiene eficacia actual.

En el 98 empieza a desplomarse en grandes masas, nuestra historia espiritual; cuando pasan los años y llega a la literatura la generación de Giménez Caballero, el ámbito es una área escarpada e incomfortable, en la que es imposible aterrizar. Estos hombres se ven forzados a gastar energías inutilmente, como en la esgrima mental de Ática. Esta circunstancia se hace esencia en la literatura moderna. En Giménez Caballero uno de sus representantes más inteligentes, se ve claro. Sus escritos son como el vuelo de esas aves que dan vueltas en el aire sin encontrar espacio para sus nidos.

He aquí una muestra de ese vuelo esforzado y circular de Giménez: "Si hasta ahora (hasta Larra) escribir en Madrid ha sido llorar, ahora debe ser otra cosa: apretar la mandíbula. Resistir los golpes. Concentrar los músculos. Adensar la rabia. Solidificar bien el puño. Defenderse. Y al menor descuido de la bestia inmundada, atacar.

Nada de postulados sentimentales y económicos tras esas lágrimas.

En Madrid, ni hay que llorar ni hay que pretender (Corte de plañideros y de pretendientes).

Apretar la mandíbula. Seguir adelante. Por ese oscuro camino que, aparentemente, da de bruces en el vacío. Con fe imperiosa. Ciega y consciente. De corredor en gran circuito". . . . Bajo esta prosa, el escritor se aleja cuesta arriba lleno de desaliento y esperanza, de melancolía y de fe . . .

Carlos Delgado Olivares

España, Julio 1.º 1931.

Persiflage

— Colaboración directa —

En el que concluye una conversación interrumpida

Para el Dr. Eduardo Uribe, porque su sola presencia influye nobleza en quienes saben reconocer que la Inteligencia es Bondad; y porque Gissing no pierde ocasión de brindar por él: "hombre semejante a un cedro de los del Líbano, excelente para columna del Templo del Señor".

Mi amistad con Gissing es lo suficientemente natural para que yo confiese que hay veces que me apartó de su lado, o que dejo su casa después de haber pasado allí algunos días, contento de estar otra vez libre. En tales ocasiones mis adioses son cortos, lacónicos mis agradecimientos. Él no hace nada por retenerme. Parece comprenderme y ello pone en mí una dulzura que ha de durarme mucho tiempo. "Cuando el espíritu te mueva",—me dice,—"ya sabes que aquí tienes tu casa".

Esta última vez no fue así. Los primeros días de mi visita fueron tristes, lluviosos,

casi amargados. Llegué a creer que daba inmensa prueba de amistad,—que casi me sacrificaba,—quedándome. Me veía noble víctima ofreciendo, ante el altar del cariño y de la compasión, mis días de vacaciones semejante cada uno a un cabrito de hocico oloroso a leche. A ratos, viendo la extremada solicitud de Gissing, me sentí tentado a decirle: "Amigo mío, ¿por qué te preocupas? El dios de la Amistad sabe que lo hago por Él". Gradualmente el encanto de Gissing se fue apoderando de mí, y ahora puedo decir que jamás me he separado de nadie con tanto sentimiento co-

mo lo hice ayer de mi viejo benefactor.

A Gissing le encantan los cocidos. Maruxa se había esmerado. Carne y legumbres estaban deliciosas. El vino era alemán, de las vides del Rin, suave Hochheimer astringente que por cierto me ha hecho orinar espeso todo el día. "A mi edad",—dijo Gissing cuando destapó la segunda botella,—"es realmente una temeridad esto que hago. Pero se nos han quedado en el olvido algunos brindis, *my dear Persiles* . . ." Nos levantamos tarde de la mesa.

El café nos halló animados, en elevada conversación. Gissing había recogido el hilo de aquella plática suya, sobre los medios puestos en juego para alcanzar el mejoramiento del mundo, y de la que ya he dado la sustancia a mis lectores. Se recordará, pues, que Gissing había estado pesimista y brillante, y que a la postre se había indignado. "La justa indignación",—me dijo ahora,—"no cabe duda de que sea la Voz de Dios, como afirmaba Blake que le había dicho uno de los profetas que se sentaban a su mesa. Pero si en vez de místicos queremos ser filósofos, conviene, mi querido Persiles, mantenernos tranquilos. ¿Con qué tranquilidad James Harvey Robinson prosigue, de donde nosotros nos quedamos; a sembrar esperanza!"

Gissing estaba como inspirado. Me acomodé en el sillón de cuero frente al hogar, dispuesto a no permitir que falta alguna de confort me estorbase oírle de la manera más atenta. El fuego cantaba una canción de júbilo intenso. El fuego bailaba una danza llena de significaciones. Y era como si la voz de Gissing, que no leña, ardiese en cálidos oros.

"Convengamos,—dijo,—en que ni los cambios de reglamentación, ni las exhortaciones morales, ni la educación cívica, logran el fin que nosotros anhelamos. Convengamos en que, más bien que promover renovaciones, tienden a perpetuar el orden de cosas existente. En apoyo de esa tesis, basta y sobra con decir que, de no ser ello así, nuestra vida y el mundo serían menos estúpidos de lo que son. Pero, ¿tenemos forzosamente que detenernos allí? Robinson nos dice que existe también la Inteligencia.

"¿La Inteligencia! De ella no podemos decir que se haya desacreditado, porque, para la solución de los problemas que afligen a la civilización, ella es remedio al que aún no se ha recurrido. Se ha recurrido a la fuerza, al egoísmo en todas sus formas, a las pasiones en sus manifestaciones más variadas, a la ignorancia bajo todos sus disfraces, pero a la Inteligencia, no. Lo que ella puede nos lo dicen con mil voces las ciencias naturales. En ese terreno no hay quien niegue que sus resultados son maravillosos. Aplicada al estudio de las plantas, de los animales, de las rocas y de las estrellas, y a los fenómenos mecánicos y químicos, ella ha revolucionado por completo la noción del mundo que teníamos y la noción respecto de los seres del mundo *excepto sólo respecto del hombre*. La Inteligencia,